



CRÓNICA DE UN VIAJE NATURALÍSTICO AL ARCHIPIÉLAGO DE CABO VERDE

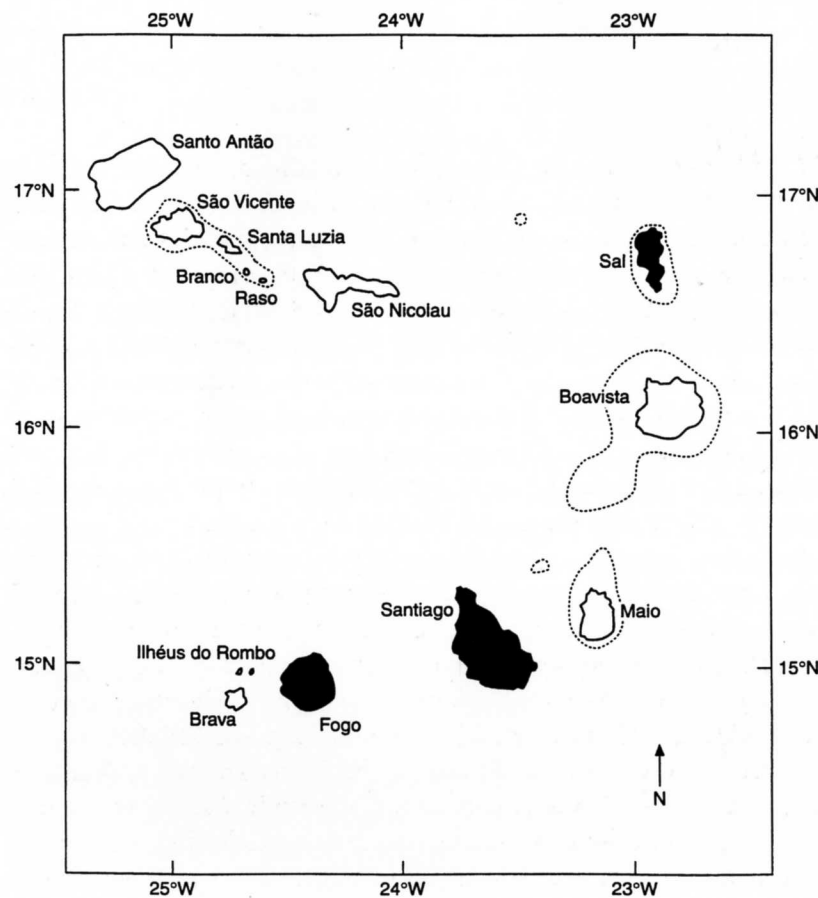
Por: Rubén Barone Tosco
Guillermo García Díaz
Naturalistas

El archipiélago de Cabo Verde, situado frente a las costas de Senegal, se halla constituido por un total de 10 islas -aparte de diversos islotes-, de las cuales 9 están habitadas actualmente. Santo Antão, São Vicente, Santa Luzia, São Nicolau, Sal y Boa Vista forman el grupo de ínsulas de «barlovento», y Maio, Santiago, Fogo y Brava el de «sotavento». Su superficie total es de aprox. 4.033 km². Las islas distan del continente africano unos 500 km, y se sitúan unos 1.300 km al sur de Canarias. Con estos breves parámetros geográficos, no resulta difícil imaginar que este país archipelágico africano pertenece a lo que se ha dado en llamar la «Macaronesia» (región biogeográfica formada por los archipiélagos de Azores, Madeira, Salvajes, Canarias y Cabo Verde, junto con una franja del noroeste de Africa), constituyendo precisamente su extremo meridional. El hecho indudable de la adscripción de Cabo Verde a la franja tropical del Sahel, hace, sin embargo, que sus características ambientales y biológicas se aparten en gran medida de la «Macaronesia» típica, es decir, de Canarias y Madeira, a pesar de que guarde con ella una estrecha relación en algunos ámbitos.

Desde comienzos de la década de los 90 acariciábamos la idea de realizar una visita de varias semanas a Cabo Verde, dado el gran interés que en nosotros suscitaban -y aún suscitan- el medio físico, la vegetación, la flora y la fauna -en especial el conjunto de los vertebrados te-

restres- de estas islas, junto a diversos aspectos de su peculiar cultura mestiza (*crioula*). Por ello, y tras comprobar que recientemente se había puesto en marcha una conexión aérea directa entre el aeropuerto de Gando (Las Palmas de Gran Canaria) y la isla de Sal, decidimos emprender el viaje el día 10 de septiembre del pasado año, permaneciendo en el archipiélago dos semanas. Las islas que pudimos visitar fueron, por este orden, Sal, Santiago y Fogo.

Mapa del Archipiélago de Cabo Verde
(En **negrita** se indican las islas visitadas por nosotros)

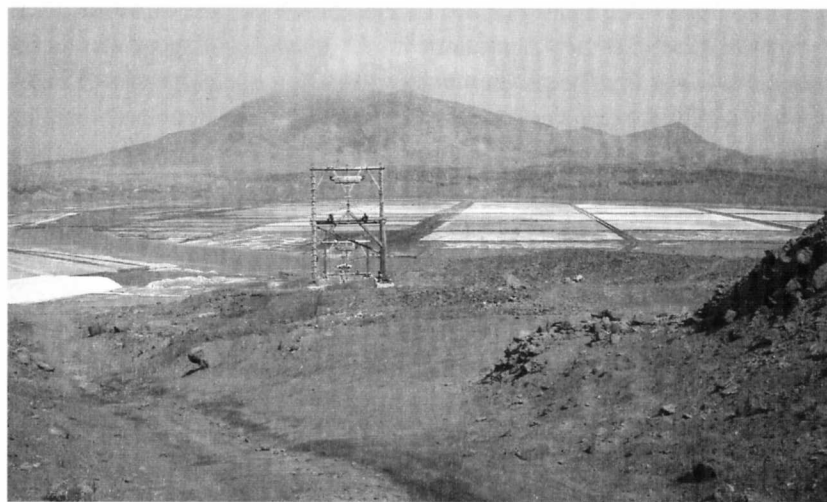


Nuestra estancia coincidió con la época de lluvias. Desde finales de agosto, había comenzado a caer una ingente cantidad de precipitaciones, hecho que pudimos comprobar claramente desde el avión, antes de aterrizar en Sal: desde el aire era visible la formación de una gran «laguna» formada en la desembocadura de uno de los principales barrancos de la isla. Esto no fue más que el prelude de una agradable y productiva estancia en estas islas, donde el resurgir del verdor y la amabilidad y alegría de las gentes hicieron de este viaje algo inolvidable.

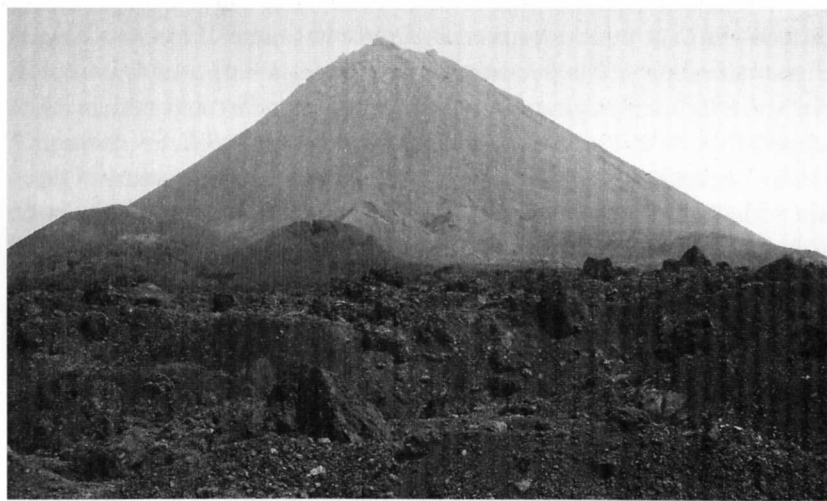
A continuación comentaremos algunos aspectos del medio natural de las tres islas visitadas por nosotros, al ser ésta -creemos- la mejor manera de transmitir nuestras observaciones e impresiones de campo.

La isla de Sal (216 km²) es una de las más septentrionales del archipiélago, y forma parte del conjunto de las 3 islas orientales, junto con Boa Vista y Maio. Por tanto, es una de las más cercanas al continente africano y de las de mayor antigüedad geológica. Playas arenosas, grandes llanuras terroso-pedregosas y montañas fuertemente erosionadas son las notas dominantes en el paisaje, recordándonos mucho en este sentido a Fuerteventura. De todas formas, su geomorfología y geología guardan una cierta complejidad, dada la diversidad de formaciones y materiales presentes. Destacan, por ejemplo, las playas levantadas con niveles fósiles del Cuaternario, en los que podemos hallar una gran cantidad de moluscos marinos, o el cinturón de arenas organógenas que cruza el sector más meridional de la isla en sentido noreste-suroeste, a favor de los vientos alisios que inciden durante gran parte del año. En lo que se refiere a su flora y vegetación, llama la atención el buen desarrollo que tienen en esta isla las *comunidades psamófilas*, constituidas en parte por especies que también están presentes en Canarias (caso de *Polycarpaea nivea*, *Suaeda vermiculata* y *Traganum moquinii*), junto a la existencia de algunos bosquetes de la palmera endémica *Phoenix atlantica*. También resulta curiosa la presencia de grupos de «bombardeiros» (*Calotropis procera*), planta típicamente sahariano-saheliana que es común en varias islas de Cabo Verde. Como endemismos notables sobresalen dos especies, *Pulicaria diffusa* y *Diplotaxis glauca*, la primera de ellas compartida con las islas de Boa Vista y Maio, y la segunda exclusiva de Sal. En cuanto a la fauna vertebrada terrestre, resalta la existencia de unas salinas, las de Pedra de Lume, que acogen a gran cantidad de aves

limícolas durante las épocas de paso e invernada. Nosotros pudimos registrar algo más de 200 ejemplares pertenecientes a un total de 11 especies, lo que nos habla de la importancia del fenómeno de la migración en el archipiélago. Entre estas especies figura una, la Cigüeñuela (*Himantopus himantopus*), cuya única población nidificante a nivel regional se localiza precisamente en el mencionado enclave.



Salinas de Pedra de Lume (Isla de Sal)



Volcán de Fogo (2.829 m de altitud), cuya última erupción data de 1995.

Por otra parte, resulta llamativa la omnipresencia de la Terrera Colinegra (*Ammomanes cincturus*) en las llanuras, así como la frecuencia con que se observa el Aguila Pescadora o «guincho» (*Pandion haliaetus*) en las costas. Interesante es asimismo su fauna reptiliana, que cuenta con al menos 3 especies: dos «perenquenes» (*Hemidactylus brooki* y *H. bouvieri*) y una «lisa» (*Mabuya spinalis*), dos de ellas endémicas de Cabo Verde. El origen de estos saurios es claramente afrotropical.

Santiago, con 991 km², es la mayor isla del archipiélago y una de las más complejas a nivel geológico y geomorfológico. Cuenta con grandes barrancos en todas sus vertientes, que parten principalmente de las dos sierras o macizos existentes en ella: la de Pico de Antonia, en el centro y la de Malagueta, en el norte. Por otra parte, existen algunas llanuras de gran extensión, sobre todo en el sector meridional y entre Tarrafal y Chão Bom en el norte. Tales llanuras suelen recibir el nombre de «achadas». En cuanto a los materiales geológicos, contrasta la dominancia de fonolitas o basaltos según la zona de la isla en la que nos situemos, destacando también la localización de «pillow-lavas» o lavas almohadilladas en un punto de la costa norte. En general, se percibe un paisaje similar al de algunas islas de Canarias (principalmente Gran Canaria), pero con matices de tropicalidad. Su flora y vegetación han sido muy transformadas por las actividades humanas, hasta el punto de que resulta harto difícil localizar algún resto de la vegetación primitiva. De todas formas, podemos apreciar aún plantas tan interesantes como la «figueira-brabo» (*Ficus sycomorus* ssp. *gnaphalocarpa*), árbol tropical que se refugia en los barrancos y paredones rocosos, y endemismos caboverdianos como *Echium hypertropicum*, *Umbilicus schmidtii*, *Euphorbia tuckeyana* y *Limonium lobinii*, este último exclusivo de la isla y descubierto hace apenas 3 años en los riscos de la Serra de Malagueta. Hemos de tener en cuenta que gran parte del paisaje vegetal de esta isla se halla dominado por una formación de tipo «sabana» con alta participación de la acacia americana *Prosopis juliflora*, la cual ha sido muy plantada en las últimas décadas. La fauna guarda numerosas sorpresas al visitante, entre ellas figura un ave de coloración muy vistosa de origen tropical: el Martín Pescador Cabecigrís (*Halcyon leucocephala*), que resulta muy común en las zonas cultivadas y sus inmediaciones, e incluso en áreas arboladas de la capital, Praia. Pero

más interesante aún resulta la existencia del endemismo *Acrocephalus brevipennis* (Carricero de Cabo Verde), confinado actualmente a la isla de Santiago, o de la garza *Ardea purpurea bournei*, considerada por algunos autores como una especie exclusiva de Cabo Verde, y no una simple subespecie de la Garza Imperial europea. Otras aves de interés son el Rabijunco Etéreo (*Phaethon aethereus*), que frecuenta las costas acantiladas, el Vencejo de Cabo Verde (*Apus alexandri*) y el Gorrión Grande (*Passer iagoensis*), estas dos últimas endémicas del archipiélago. Pero también los reptiles cuentan con especies únicas: en total, 8 especies de este grupo han sido citadas para la isla, de las que 5 son endémicas de Cabo Verde, destacando la «lisa» *Mabuya vaillanti*, que constituye la de mayor tamaño de entre las presentes en estas islas. También aparecen dos especies de «perenquenes» del género *Tarentola* (*T. darwini* y *T. rudis*), que guardan cierto grado de parentesco con las estirpes canarias de este grupo.

Por último, tenemos a la isla de Fogo, con 476 km², de aspecto redondo y la única que tiene manifestaciones volcánicas recientes (e incluso históricas). Destaca la gran caldera existente en su zona central, que tiene un eje norte-sur de unos 9 km -falta la porción oriental- y cuyo origen cabe atribuir a las actuales hipótesis que sustentan el denominado «deslizamiento gravitacional», mediante el cual se ha tratado de explicar la formación de la Caldera de las Cañadas del Teide en Tenerife y del Valle del Golfo en El Hierro, entre otros edificios volcánicos canarios. La caldera de Fogo tiene unas paredes que llegan a alcanzar los 1.000 m de caída vertical, las cuales se elevan desde la base de dicha formación, situada a unos 1.600 m. El impresionante estrato-volcán que se sitúa en su interior, Pico Novo, con sus 2.829 m, constituye la máxima altura del archipiélago y la segunda cima de la Macaronesia. En este sentido, no cabe la menor duda de que en la relación superficie/altitud máxima es esta isla y no La Palma, como tradicionalmente se ha dicho, la que ostenta el primer puesto en el ámbito de las islas del Atlántico Norte. El paisaje de Fogo está, evidentemente, dominado por el volcanismo reciente. Aquí y allá son visibles coladas recientes -en algunos casos históricas- que penetran hasta el mar o se extienden a modo de planchas en terrenos más o menos llanos del interior de la caldera. En este sentido, hemos de tener en cuenta que las últimas erupciones han

acaecido en los años 1951 y 1995. En las partes más antiguas de la isla se aprecia, no obstante, la incidencia de los procesos destructivos, con formación de cárcavas y barrancos, depósitos de ladera, etc. En lo referente a la flora y vegetación, Fogo constituye un auténtico paraíso para el botánico y el ecólogo, teniendo en cuenta la notable concentración de endemismos que existe en lugares como la «bordeira» o pared exterior de la caldera, así como en las extensiones de lapillis y lavas recientes situadas dentro y fuera de la misma. Podemos observar aquí representantes de géneros típicamente macaronésicos, tales como *Globularia amygdalifolia*, *Lavandula rotundifolia*, *Micromeria forbesii*, *Artemisia gorgonum*, *Sonchus daltonii*, *Campylanthus glaber*, *Helianthemum gorgoneum*, etc. En calidad de elementos florísticos exclusivos de Fogo, destacan el «tajinaste» *Echium vulcanorum* y el denominado por los isleños «mato-branco» (*Verbascum cystolithicum*). Por otra parte, esta es una de las pocas islas en las que aún sobreviven grupos de dragos (*Dracaena draco*) en estado silvestre, concretamente en la zona de Monte Velha y sus proximidades (sector norte). La fauna vertebrada terrestre no es tan interesante como la de otras islas de sotavento, pero aún así, destacan especies tales como la Alondra Negrita (*Eremopterix nigriceps*), muy común en las llanuras próximas a S. Filipe, capital de la isla, la Gallina de Guinea o Pintada Común (*Numida meleagris*), introducida en el archipiélago, el Martín Pescador Cabecigrís -ya mencionado para Santiago- y las currucas Tomillera (*Sylvia conspicillata*) y Capirotada (*Sylvia atricapilla*), abundantes localmente. Además, nos sorprendió hallar gran número de murciélagos en S. Filipe, los cuales probablemente pertenecen a una especie no citada aún para las islas.

Quisiéramos concluir este artículo agradeciendo la colaboración del Museo de Ciencias Naturales de Santa Cruz de Tenerife, y en especial de su director, el Dr. Juan José Bacallado Aránega, sin cuyo apoyo moral y material este viaje no hubiera sido posible.



BANCO DE ARGUÍN (MAURITANIA)

Por: José S. López Rondón
Museógrafo del Museo de C.N.T.

A camello entre el Mogreb y el África Negra, existe un país. Un país donde sutiles historias *tucolor*, *soninkes*, *wolof*, *tuaregs* y *hassanias* son trasladadas por el Harmatan por estepas arbóreas de acacias, por las dunas de Boutilimit, por el “País de las piedras”, el Adrar y el Tagant o por las rubias arenas de Arguín.

Un país donde el relativo bienestar aportado por los recursos mineros o pesqueros no pueden hacer olvidar los problemas planteados por el paso brutal de una sociedad de estructuras sociales medievales a una del siglo XX.

Su Capital, fundada en 1958 en un espacio desértico, dos años antes de la Independencia (28 Noviembre 1960) sufrió una enorme afluencia de decenas de millares de nómadas que lo habían perdido todo en la trágica sequía de los 60 y principios de los 70; en estos momentos cuenta con 400.000 habitantes.

En el continente africano la acción antropológica ha sido muy fuerte. El medio ha sido drásticamente modificado por el uso intensivo y extensivo de la ganadería, por las malas planificaciones de cultivo o por el indebido uso del fuego. Por esta razón en estas últimas décadas los lugares menos modificados han sido convertidos en Parques Nacionales.

El Parque Nacional del Banco de Arguín, aunque citado en algunos legados entre los siglos XV y XVIII, se sume en el más completo de los olvidos a partir del siglo XIX. La peligrosidad de sus aguas, por la exigua profundidad del fondo y la evidente inhabitabilidad de la zona por